

Laura Benadiba

HISTORIA ORAL, RELATOS Y MEMORIAS



Muestra distribuida por la editorial

Índice

Introducción	7
--------------------	---

Capítulo 1

¿Qué es la Historia Oral?	15
---------------------------------	----

Capítulo 2

Ventajas que ofrece la Historia Oral para trabajar con los alumnos de nivel medio	21
¿Qué puede aportarles la Historia Oral a los adolescentes?	25

Capítulo 3

Las fuentes orales	31
¿Qué aporte le otorgan las fuentes orales a la investigación histórica?	35

Capítulo 4

Construcción de fuentes orales	39
Elección del tema e investigación previa	42
Elaboración de las guías de la entrevista	43
Ubicación y selección de informantes	47
Acuerdo de la entrevista	50
Registro de la entrevista	51
Realización de la entrevista	53
Preservación y rótulo del registro de la entrevista	57

Capítulo 5

La transcripción de las fuentes orales	59
Propuesta para realizar una transcripción	64
Primera audición y transcripción	66
Segunda audición y revisión de la primera transcripción	67

Capítulo 6

Memoria e historia oral	69
La memoria y las entrevistas	72
Propuestas de trabajo	75

Propuesta N° 1	
De lo individual a lo colectivo	
La biografía como un análisis “muy personal” de la historia	75
Propuesta N° 2	
La iconografía peronista a través de la Historia Oral	80
Propuesta N° 3	
Las voces de los que vinieron	
Inmigración e Historia Oral	90
Propuesta N° 4	99
La memoria en las voces de los que cantan	99
Proyecto ARCA (Argentina – Cataluña)	
“La persistencia del silencio después de la dictadura”	105

Capítulo 7

La escuela tiene historias	111
Objetivos de la experiencia	114
El archivo de la historia de la escuela como medio para escribir la propia “historia oficial”	116

Capítulo 8

Recordar en Argentina. La escuela como “lugar de memoria”	119
Cuando el pasado todavía es presente	123
No hay presente sin pasado	128
“Materializar” la memoria para legitimar el Estado	131
La escuela como “lugar de memoria”	135
Bibliografía	139

Introducción

“Estrictamente, los pueblos y grupos sólo pueden olvidar el presente, no el pasado. En otros términos, los individuos que componen el grupo pueden olvidar acontecimientos que se produjeron durante su propia existencia; no podrán olvidar un pasado que ha sido anterior a ellos, en el sentido en que el individuo olvida los primeros estadios de su propia vida. Por eso, cuando decimos que un pueblo ‘recuerda’, en realidad decimos primero que un pasado fue activamente transmitido a las generaciones contemporáneas... (...) y que después ese pasado transmitido se recibió como cargado de un sentido propio. En consecuencia, un pueblo ‘olvida’ cuando la generación poseedora del pasado no lo transmite a la siguiente, o cuando ésta rechaza lo que recibió o cesa de transmitirlo a su vez, lo que viene a ser lo mismo.”

Yosef Hayim Yerushalmi, *Reflexiones sobre el olvido*

Estas palabras están cargadas de un sentido muy especial, nos generan la necesidad de leerlas una y otra vez, de “masticarlas”, de repensarlas y, al mismo tiempo, nos invitan a reflexionar sobre nuestro rol como “generación poseedora de un pasado”. Creemos, como dice Yerushalmi, que un pueblo jamás puede olvidar lo que antes no recibió. Pero esta creencia nos abre un abanico de preguntas: ¿Qué es lo que no se debe olvidar? ¿Quiénes son los encargados de transmitir ese pasado? ¿Cómo debemos asumir esa tarea?

Somos una generación dueña de un pasado, de una experiencia, de una memoria y de una responsabilidad de la que no podemos evadirnos. Responsabilidad que está presente y se manifiesta en cada uno de los roles que asumamos y que vayamos a asumir en nuestra vida: como padres, como educadores o comunicadores, y desde esos lugares contribuimos, por acción u omisión, a la construcción de la memoria de las nuevas generaciones.

“Cuando está de veras viva, la memoria no contempla la historia, sino que invita a hacerla. Más que en los museos, donde la pobre se aburre, la memoria está en el aire que respiramos. Ella, desde el aire, nos respira. [...] La memoria viva no nació para ancla. Tiene, más bien, vocación de catapulta. Quiere ser puerto de partida, no de llegada. Ella no reniega de la nostalgia, pero prefiere la esperanza, su peligro, su intemperie. Creyeron los griegos que la memoria es hermana del tiempo y de la mar, y no se equivocaron.”¹

Como docentes de Ciencias Sociales, nosotros estamos convencidos de que en la transmisión del pasado se encuentra la llave para comprender el presente, y sobre todo para valorarlo desde una actitud crítica y activa. Sabemos que hay muchas formas de transmitir el pasado y que todas son válidas en la medida en que sean significativas tanto para nosotros como para los alumnos con quienes compartimos nuestra tarea cotidiana.

Desde hace más de diez años estamos trabajando en el aula con los recuerdos, con las memorias de las personas comunes que, a través de su relato, comienzan a reconocer **su** propio lugar en la historia. Esos recuerdos, al ser transmitidos, se convierten en fuentes históricas, y como tales tienen un valor similar al de los documentos tradicionales que permiten analizar los procesos sociales y la vida de la gente común más que los hechos “importantes” y los grandes personajes. De esta manera, las palabras de nuestros abuelos, nuestros maestros, nuestros vecinos, recuperadas a través de entrevistas de Historia Oral, se convierten en documentos tan objetivos o subjetivos como una carta, un texto gubernamental o un periódico antiguo.

La escuela constituye un ámbito propicio para el desarrollo de esta visión de la historia, en tanto los docentes se apropien de las herramientas conceptuales y procedimentales que aseguren un trabajo sistemático y, sobre todo, sostenido en el tiempo. Sabemos que la enseñanza de la historia es una tarea compleja. En la medida en que los conceptos y temáticas sociales sean significativos para alumnos y docentes, la tarea se simplifica y adquiere otro valor, más aún cuando el alumno logra reconocerse como parte del proceso histórico.

1 Galeano, Eduardo, “Memorias y desmemorias”, en Revista *Brecha* N° 592.

Nuestro objetivo es que este libro ayude a los docentes y a los alumnos a encontrar las herramientas necesarias para elaborar proyectos de trabajo que incluyan testimonios recuperados a través de entrevistas de Historia Oral realizadas por los propios alumnos.

Gracias a la experiencia de estos años podemos asegurar que la construcción y utilización de fuentes orales en el aula contribuye a que, al decir de Yerushalmi, el pasado pueda ser transmitido a las generaciones contemporáneas cargado de un sentido propio...

¿Cómo nace la idea de escribir este libro?

Desde el año 2003 el Programa de Historia Oral de la Facultad de Filosofía y Letras realiza diferentes actividades destinadas a acercar la metodología de la Historia Oral a diferentes actores sociales relacionados con la educación. Es a partir de los talleres dictados por integrantes del programa que se ha puesto en evidencia la necesidad de articular actividades de extensión universitaria que permitan brindar a instituciones educativas herramientas pedagógicas y metodológicas que colaboren en la búsqueda de explicaciones a diferentes problemáticas concretas.

En nuestros talleres proponemos a los docentes introducirse en la metodología de la Historia Oral para que puedan descubrir y analizar sus potencialidades como herramienta metodológica para la enseñanza de las Ciencias sociales y la Historia. De esta manera podrán evaluar la realización de diferentes proyectos basados en la construcción y utilización de fuentes orales a partir del diseño de sus propias estrategias de trabajo. Además colaboramos en la creación de Archivos Orales institucionales (escuelas, museos, cooperativas, municipios, etc.), en un intento de fortalecer las relaciones entre la Universidad y la Comunidad, por medio del diálogo enriquecedor que se establece entre ambas.

Y lo que empezó como un sueño por parte de algunos de nosotros se transformó, poco a poco, en una de las actividades más

concurridas, más satisfactorias y reconocidas del Programa de Historia Oral. Trabajamos junto con docentes y alumnos de diferentes ciudades: Saladillo, 9 de Julio, Carlos Casares, Bolívar, Florencio Varela, Ciudad de Buenos Aires, Avellaneda, etc... Y en cada encuentro y en cada proyecto que acompañábamos, se multiplicaban nuestro entusiasmo y nuestra convicción sobre la potencialidad de la Historia Oral en la enseñanza de las Ciencias Sociales. Al mismo tiempo, nos emocionábamos con el compromiso, el entusiasmo y la dedicación de nuestros jóvenes alumnos cuando eran convocados y motivados por un proyecto de trabajo que los incluía como protagonistas de una historia de la que forman parte.

Son esas experiencias las que queremos compartir con ustedes, esperando que sean útiles, que las lean, las copien, las adapten... Pero sobre todo, que contagien las ganas de acompañar a nuestros alumnos a analizar el mundo en el que viven y que las aulas, convertidas en un espacio donde se encuentran distintas generaciones, se transformen en el lugar propicio para trabajar por la memoria como parte de la tarea de formación del juicio crítico, de la capacidad valorativa de nuestros jóvenes y de la formación del ciudadano.

Acortar distancias...

Es frecuente encontrar en la enseñanza de las Ciencias Sociales un desfase de los contenidos que se enseñan en relación con el desarrollo de las disciplinas científicas correspondientes. Muchas veces la Historia que enseñamos responde a concepciones superadas en el ámbito académico, por lo tanto es necesario acercarnos a los nuevos planteos de la disciplina. Asimismo, también debemos reconocer los aportes de otras áreas que conforman las Ciencias Sociales, como la Sociología, la Antropología, la Geografía, la Economía, la Ciencia Política, etc., para abordar una mirada más completa y compleja del fenómeno a estudiar.

Una de nuestras preocupaciones es la de reducir la brecha existente entre la investigación y la docencia en el campo de la

Historia y el desinterés de los historiadores profesionales por las particularidades de la enseñanza de esta materia: una Historia es la que se investiga y otra la que se enseña. Creemos que, en este aspecto, los “intelectuales” muchas veces abandonan su compromiso social, para terminar conformándose con leerse, aplaudirse y criticarse entre ellos, muy alejados, todos, del mundo real.

Sin embargo, en esta tarea de llevar la investigación al aula, no debemos dejar de tener en cuenta que, como dicen Alderoqui y Aizenberg, “la intención (...) no es formar pequeños científicos sociales, ni expertos en historia y geografía. Los criterios por los cuales decidimos enseñar contenidos de estas disciplinas rebasan las disciplinas mismas. Son criterios ligados a valores y a la función social de la escuela. Las disciplinas, en este sentido, son instrumentos privilegiados, que cuentan con marcos estructurados de lectura e interpretación de la realidad”.²

Al mismo tiempo, como docentes, deberíamos estar atentos a las realidades sociales de nuestros alumnos. Muchas veces, interrogantes tales como: ¿qué objetivos nos planteamos con la enseñanza de las Ciencias Sociales? o ¿por qué enseñamos Ciencias Sociales? suelen estar ausentes, al menos explícitamente, de las preocupaciones de los docentes. Esta ausencia explica, en parte, el abismo creciente que se ha producido entre el cuerpo de conocimientos sociales que circula en las escuelas y aquellos que los alumnos necesitan para insertarse en la realidad en la que viven.

Las Ciencias Sociales que no partan de las preocupaciones sociales y políticas presentes, que no cuestionen ni problematizan el conocimiento, tienden a volver irrelevante el estudio de lo social y a promover la indiferencia y el desinterés entre los alumnos. Para evitar esto, nosotros consideramos que:

- La enseñanza de las Ciencias Sociales debe aportar al desarrollo de una conciencia histórica que permita la formación de ciudadanos conscientes, críticos y participativos. Una conciencia histórica que permita comprender y explicar el presente, que permita realizar proyecciones hacia el futuro, y que

² Alderoqui, Silvia y Aizenberg, Beatriz; *Didáctica de las Ciencias Sociales. Aportes y reflexiones*. Paidós, Buenos Aires, 1993, p. 14.

logre que los ciudadanos se reconozcan como parte de una historia que se inició hace mucho tiempo y en la cual ocupan un lugar. Una percepción clara de su propia historicidad e identidad les permitirá a los alumnos actuar y proyectarse concreta y efectivamente en la sociedad en que viven.

- La enseñanza de la Historia y las Ciencias Sociales debe convocar al esfuerzo de los docentes para ayudar a los alumnos a desarrollar una conciencia plural, que afirme solidariamente los valores democráticos, que posibilite la participación activa en la sociedad de todos los individuos y que promueva el respeto a lo diferente. Para alcanzar estos objetivos, la enseñanza de las Ciencias Sociales no sólo tiene que apoyarse en la transmisión de información, sino también en las relaciones sociales que se establecen cotidianamente en el aula, en “el encuentro educativo” que se produce entre el docente y sus alumnos y entre los mismos alumnos.
- La enseñanza de las Ciencias Sociales debe apuntar a colocar en el centro de la atención al papel constructivo, activo y modificador que la sociedad tiene frente a los problemas de la realidad en la que están inmersos.

En síntesis, la enseñanza de las Ciencias Sociales debería permitirles a nuestros alumnos construir un sentido de realidad y de cambio de esa realidad, por un lado; y construir formas de identificación, por otro, para fortalecerlos como protagonistas no responsables del pasado pero sí del futuro.